

Domingo 14: El Nacimiento de Cristo

Preguntas y Respuestas 35-36

Lectura: Job 14

Salterios:

Primero: 289:1-2

Segundo: 111:3-4

Tercero: 140:1-4

Cuarto: 200:1

Último: 47:5-6

Querida congregación,

“¿Quién hará algo limpio de lo inmundo?” (Job 14:4). Esta fue una pregunta de Job que él mismo no pudo contestar. Tampoco pudieron responderla sus amigos. El hombre es capaz de hacer muchas cosas, especialmente en nuestros días, pero hay una cosa que no puede hacer: no puede engendrar un hijo limpio porque él mismo es un ser humano impuro. ¿También lo han aprendido ustedes? ¿Se ha convertido esto en un motivo de amarga tristeza en su vida? Cuando usted se considera a sí mismo y a sus hijos, ¿ha surgido la misma pregunta en su corazón: “¿Quién podrá jamás engendrar un hijo limpio?”

Solo hubo una mujer a quien se le concedió el hacerlo: María, la madre de Jesús. Ella dio a luz a un Hijo Limpio, aunque ella misma era impura. ¿Cómo fue eso posible? El ángel Gabriel dio la respuesta cuando anunció el nacimiento del Salvador: *“El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te hará sombra; por lo cual también lo Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios”* (Lucas 1:35). ¡Aquí está la respuesta a la pregunta de Job! Aquí hay un limpio, o —mejor dicho— *el* Limpio, jese puro y bendito Jesús!

¿Lo escucha, pecador impuro que está en medio de nosotros? Hay esperanza en Cristo, el Hijo de María y el Hijo de Dios. Hay santidad en Su nacimiento, pureza en Su vida y expiación en Su sangre. Se ha abierto un manantial para lavar el pecado y la inmundicia. Que el Señor abra nuestros ojos para ver nuestra incurable impureza, pero también Su perfecta inocencia y santidad. Que Él guíe a viles y despreciables pecadores al pesebre de Belén y al manantial de la sangre de Jesús.

Con la ayuda del Señor, deseamos considerar nuestro Catecismo de Heidelberg, Domingo 14, Preguntas y Respuestas 35 y 36.

Pregunta 35: ¿Qué crees cuando dices: “que fue concebido por el Espíritu Santo y nació de María virgen”?

Respuesta: Que el eterno Hijo de Dios, el cual es y permanece verdadero y eterno Dios, tomó la naturaleza verdaderamente humana de la carne y sangre de la virgen María, por obra del Espíritu Santo, para que juntamente fuese la verdadera simiente de David, semejante a Sus hermanos excepto en el pecado.

Pregunta 36: ¿Qué fruto sacas de la santa concepción y nacimiento de Cristo?

Respuesta: Que es nuestro Mediador, y con Su inocencia y perfecta santidad cubre mis pecados en los cuales he sido concebido y nacido, para que no aparezcan en la presencia de Dios.

El Domingo 14 nos habla acerca de:

El Nacimiento de Cristo

1. La maravilla de ese nacimiento
2. El significado de ese nacimiento
3. El fruto de ese nacimiento

Repito: El nacimiento de Cristo. En primer lugar, la maravilla de ese nacimiento; en segundo lugar, el significado de ese nacimiento; y, en tercer lugar, el fruto de ese nacimiento.

Primer pensamiento. La maravilla de ese nacimiento.

Congregación, el Catecismo no se cansa de ello. El Domingo 14 también trata sobre el tema del Mediador. Hasta ahora, hemos escuchado acerca de los *Nombres* del Mediador: Jesús, Cristo, el Hijo unigénito de Dios, nuestro Señor. Esos Nombres nos muestran quién es Él. A partir de ahora, escucharemos acerca de la *obra* del Mediador. Escucharemos lo que Él *hace*.

¿Cuándo comenzó Su obra en la tierra? Comenzó cuando fue concebido y nació. En otras palabras, comenzó con Su encarnación. El Hijo de Dios se hizo hombre. Si lo consideramos, podemos decir que “*es cosa maravillosa a nuestros ojos*” (Salmo 118:23). Lo vemos, pero no lo comprendemos.

¿Por qué es una maravilla tan grande? Porque, en primer lugar, *se trata del nacimiento de Alguien que ya existía antes de ser concebido*. Eso es una maravilla. Cuando un niño común y corriente nace, alguien que no existía antes viene a la existencia y entra en este mundo. Pero no es así con Cristo. Él es preexistente. Ya estaba allí antes de venir a este mundo. Estaba con Dios el Padre. Era la delicia de Su Padre ya en la tranquilidad de la eternidad. Es una maravilla indescriptible.

El nacimiento de Cristo es una maravilla por otra razón más. *El Hijo de Dios voluntariamente decidió nacer*. Nosotros no lo hacemos. Ninguno de nosotros ha pedido nacer. Nadie ha dicho: “Quisiera nacer”. Nosotros *hemos* nacido, pero Cristo *escogió* venir a este mundo. La encarnación del Hijo de Dios no es una maravilla menor que Su muerte en la cruz. Belén y Gólgota son los dos puntos cruciales de Su vida. Son los dos altares sobre los cuales se ofreció.

La maravilla de Su nacimiento es aún mayor cuando entendemos que *Él conocía de antemano el curso de Su vida*. Era consciente de los sufrimientos que le esperaban, la maldición que reposaría sobre Él y la agonía indescriptible que tendría que soportar. Lo sabía todo, y, aun así, descendió del cielo; sí, Él estaba *dispuesto* a venir. Su nacimiento no fue *una cuestión de suerte* que cayó sobre Él, sino un acto, un acto de amor y dedicación voluntaria. Sabía lo que le esperaba, y todavía vino. ¿Quién de nosotros haría algo así?

Quizá haya personas en la iglesia que alguna vez han dicho: “Ojalá nunca hubiera nacido”. Puede haber jóvenes que a veces se preguntan: “¿Por qué he nacido? No lo pedí”. Puede haber tanta miseria y confusión en ellos que la depresión los atrape y la rebelión surja en su corazón. Eso es pecaminoso y horrible, pero también puede encontrarse en la Biblia. Solo piensen en Job. En lo profundo de su miseria, ya no pudo entender más los caminos del Señor. Ya en desacuerdo con la voluntad de Dios, él dijo esas terribles palabras: “¿Por qué mi madre me trajo al mundo? Maldito sea el día en que alguien le dijo a mi padre que había nacido un niño”. El profeta Jeremías también maldijo el día de su nacimiento cuando las olas del sufrimiento pasaron por sobre su cabeza. Por supuesto, cuando el Señor lo llevó a ese lugar de culpa y vergüenza, se arrepintió profundamente de lo que había dicho. Sin embargo, está registrado en las Escrituras, congregación. ¿Para qué? ¡Para el consuelo de aquellos que tienen que pasar por las mismas tinieblas y angustias! ¡Que no desesperen, sino que se vuelvan a Aquel que es grande en compasión!

Hay Uno que nunca dijo: “Ojalá nunca hubiera nacido”. Hay Uno que sabía de antemano lo que enfrentaría en Su viaje por el desierto de esta vida. Y, a pesar de ello, dijo: “*He aquí, vengo; en el rollo del libro está escrito de mí; el hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado*” (Salmo 40:7-8). Desde la eternidad, Cristo estaba dispuesto a hacer la voluntad de Su Padre, a venir a este mundo por pecadores, a someterse a toda clase de miserias, sí, incluso a la condenación misma. Él estaba dispuesto a venir. Él eligió nacer. No miró hacia atrás, y nunca dijo: “Ojalá nunca hubiera nacido”.

¡Qué maravilla hay en el nacimiento de Cristo! Nunca lo podremos describir. Nunca lo podremos comprender. Cristo descendió a este mundo para nacer de María. Por esa razón, el nombre de María no solo se encuentra en la Palabra de Dios, sino también en el Credo Apostólico. El Hijo

de Dios asumió la carne y sangre de una joven mujer de Nazaret, aquel pueblo despreciado. Nació de la Virgen María.

Esa es otra maravilla. *El nacimiento de Cristo fue un nacimiento virginal.* Es imposible para nosotros comprenderlo, pero tampoco es necesario. Bienaventurados aquellos que pueden adorarlo, inclinándose de rodillas y tomando las palabras de Isaías en sus labios: *“He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel”* (Isaías 7:14). ¡Es una maravilla de gracia!

Congregación, ningún hombre tuvo parte en el nacimiento de Cristo. Fue concebido por el Espíritu Santo y nacido de la Virgen María. Nuestro Catecismo dice que “tomó la naturaleza verdaderamente humana de la carne y sangre de la virgen María”. No trajo Su naturaleza humana del cielo, sino que nació de su carne y sangre. Se hizo un verdadero hombre. Tomó sobre sí la misma naturaleza humana que nosotros tenemos, una naturaleza humana debilitada. Cuando Adán estaba en el Paraíso, él todavía tenía una naturaleza humana fuerte y perfecta. Sin embargo, desde nuestra caída en Adán, nuestra naturaleza humana se sujetó a la debilidad y las consecuencias del pecado. Es *esa* la naturaleza que Cristo tomó sobre sí mismo. Aunque Él es el Hijo unigénito de Dios, se hizo “semejante a Sus hermanos excepto en el pecado.”

¿Notaron esas últimas palabras? *Cristo nació como un Niño santo.* Esa es otra maravilla. *Nosotros* somos concebidos y nacidos en pecado, pero *Él* no. Por primera vez en la historia de la humanidad, un Niño perfecto, puro y santo nació, un Niño que llevaba la imagen de Dios y que tenía la ley de Dios en Su corazón. Esto es algo que nunca antes había ocurrido. ¿Cómo fue posible? ¿No nació Jesús de una hija de Adán y Eva? ¿No asumió nuestra carne y sangre?

La respuesta se da en nuestro Catecismo. El Señor Jesucristo fue concebido por el Espíritu Santo. Aunque el Salvador nació de una mujer que, como las demás, era una criatura pecadora, Él asumió la naturaleza humana por la obra del Espíritu Santo. La Biblia retrata al Espíritu Santo como el Señor y Dador de vida. Él lo hace en el ámbito de la naturaleza, trayendo una nueva primavera año tras año (Salmo 104:30). Lo hace en el ámbito de la gracia, haciendo que un pecador nazca de nuevo (Juan 3:6). También lo hizo en la historia de la salvación cuando santificó el vientre de María y formó el cuerpo de Cristo de su carne y sangre. Jóvenes, no lo podemos comprender, pero el Espíritu de Dios preparó un cuerpo para el Hijo de Dios y preservó Su naturaleza humana de toda contaminación del pecado.

Siendo concebido por el Espíritu Santo, Cristo “es y permanece verdadero y eterno Dios”. Permaneció siendo lo que era —Dios—, pero se hizo lo que no era —hombre. Se hizo verdadero hombre. El apóstol del amor exclamó maravillado: *“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros; y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad”* (Juan 1:14). Ese humilde Niño en el pesebre, ese despreciado Varón de dolores, era el eterno

Hijo de Dios y permaneció siendo el Hijo de Dios. Sin embargo, se hizo hombre. Allí está el milagro.

Segundo pensamiento. El significado del nacimiento de Cristo.

Congregación, ¿cuál es el significado de todo esto? ¿Qué significa el nacimiento de Cristo? Escuchen con atención. No es para nuestra honra, sino, más bien, para nuestra vergüenza. El hecho de que naciera sin participación de un padre terrenal nos excluye. El hombre no tuvo parte en ello. Su nacimiento fue un nacimiento virginal. Eso quita toda obra del hombre. La salvación no es algo que viene de abajo, sino algo que desciende del cielo. Es una obra que única y exclusivamente es de Dios. El hombre se queda de lado. José tuvo que ser puesto en el fondo, y nosotros también. Toda carne es humillada por este gran acto de liberación. ¿Por qué resulta tan humillante? ¡Porque siempre deseamos tener un lugar y un nombre! No queremos ser excluidos, sino tener voz y voto en todo. Deseamos ser honrados. Ese es nuestro ser. Está profundamente arraigado en nuestra naturaleza caída. Sin embargo, la manera en que Cristo fue concebido y nacido excluye toda contribución humana. Dios no coopera con nosotros en la obra de salvación. No hay nada en nosotros que Él pueda utilizar.

¿Ya hemos aprendido esta lección? No lo aprendemos en un solo día, y ni siquiera en cien años lo aprenderíamos a menos que Dios mismo nos lo enseñe. Cuando eso ocurre, Él nos pone fuera de todo y nos corta de toda nuestra justicia propia. Es difícil para nosotros aceptar que no podemos contribuir ni un centavo a nuestra salvación. Va en contra de nuestra carne y sangre. Crucifica nuestra naturaleza y nos humilla en el polvo.

Oh congregación, yacemos bajo Su juicio y, debido a nuestra profunda caída, somos incapaces de contribuir a nuestra liberación. Todo lo que podemos contribuir es pecado, culpa y miseria. Ese es el primer significado comprendido en la verdad del nacimiento de Jesús. Tómense esto a pecho y supliquen a Dios que les conceda aprenderlo de manera experiencial, de modo que sean verdaderamente humillados hasta el polvo y aprendan a aceptar su castigo.

Sin embargo, hay un segundo significado en el nacimiento de Cristo. El Hijo de Dios tomó el lugar de un criminal condenado. No vino en un estado de inocencia sino en un estado de humillación. Como pecador culpable se paró ante el tribunal de Su Padre. Entre los hombres, puede suceder que alguien tenga que ser juzgado por algo de lo que no es culpable. A pesar de su inocencia, es arrojado a la cárcel. Es solo una débil comparación, pero ¿acaso no es eso lo que Cristo tuvo que sufrir cuando fue llamado ante el tribunal de la justicia de Dios? Él, ese Cordero sin mancha, nunca había cometido ningún pecado, ni hubo engaño en Su boca. Sin embargo, Él fue hecho pecado y maldición para que los que estaban bajo la maldición de la santa ley de Dios puedan ser absueltos de culpa y castigo. Él tuvo que pagar el precio. ¿Cuándo comenzó? ¡No en el día en

que fue crucificado, sino ya cuando fue concebido y nacido! Comenzó desde el principio. Ya en el pesebre Él yacía bajo la ira de un Dios justo y santo.

Congregación, ¿ven el significado del nacimiento de Cristo? ¿Comprendemos algo de ello ahora? En el Salvador nacido, hallamos el punto de encuentro entre Dios y el hombre —un punto de contacto entre el cielo y la tierra. Aquí podemos ver al Creador y a la criatura en una Persona. Aquí vino Dios para abrazar al hombre a través de Cristo. Pongamos un ejemplo para hacer claro lo que es un punto de contacto. Hubo un tiempo en que, debido al mar, no había una conexión directa entre Inglaterra y Francia. Para establecer una conexión, la gente comenzó a excavar un túnel debajo del agua en un lugar conveniente. Se hizo la excavación desde ambos lados. Aunque fue un trabajo arduo durante muchos años, llegó el día en que los obreros se encontraron. Era increíble ver que, de ambos lados, llegaron exactamente al mismo lugar. ¡Entonces hubo una conexión, un punto de encuentro! ¡Un túnel había sido excavado, haciendo posible viajar de un lado a otro entre dos países que habían sido enemigos durante siglos!

Congregación, la Navidad significa que Dios ha hecho una conexión con nuestro mundo caído. Lo decimos con profunda reverencia porque es una conexión unilateral. Nadie ayudó al Señor; nadie trabajó desde el lado del hombre. Por nuestra rebelión en el Jardín del Edén, hemos bloqueado el camino, y si dependiera de nosotros, lo obstruiríamos para siempre. Pero es Dios quien viene del otro lado en Su soberana misericordia. Él viene a través de Cristo y hace la conexión. ¿Puede el Señor condescender más profundamente? ¿Puede inclinarse más de lo que ya hizo en Belén? En el nacimiento de Su Hijo, Dios ha establecido una conexión entre el cielo y la tierra.

Ahora ya no queda excusa si nos perdemos. ¿Es usted aún inconverso? ¿Aún no está reconciliado con Dios? Ya no hay ninguna excusa. El Señor Jesús dice: *“Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado, pero ahora no tienen excusa por su pecado”* (Juan 15:22). Ya no hay excusa para nuestro pecado, no hay excusa si estamos inconversos y permanecemos en ese estado.

El Señor se ha acercado tanto. El Hijo de Dios yacía en el pesebre como Niño. Él es el Pan de Vida, y nos llama a arrepentirnos. Él dice: *“¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia?”* (Isaías 55:2). Jóvenes, ustedes han sido bautizados. Así de cerca ha llegado el Señor a ustedes. El agua del bautismo fue rociada sobre ustedes en el Nombre del Dios Trino. Ese gran Dios levantó Su mano y escribió Su Nombre en su frente. Él testificó con juramento que no quiere la muerte del impío. ¿No deberían arrodillarse ante este gran y glorioso Dios? ¿No deberían pedirle: “Por favor, Señor, escribe ese Nombre también en mi corazón, concédeme la misericordia y quebranta mi resistencia; de otro modo, continuaré en mis pecados y pereceré al final. Oh, Señor, ven con Tu Espíritu y conviérteme como Tú conviertes a todo Tu

pueblo”? Vengan, humíllense ante Él. “*Jehová ... atiende al humilde*” (Salmo 138:6). Él ha descendido en Cristo. El Hijo de Dios se ha hecho hombre.

Congregación, ¡cuán grande se vuelve esto cuando ya no se ve ninguna salida! Puede que haya intentado excavar un túnel con sus buenas obras, pero está completamente atascado. Ha trabajado arduamente para encontrar a Dios y superar los pecados de su corazón, pero el resultado final es que esos pecados han vuelto con doble fuerza y usted aumenta su culpa día tras día. Sus iniquidades son más en número que los cabellos de su cabeza. Se alzan por encima de usted. Pero aquí está el punto de contacto: Cristo ha descendido en el abismo de su pecado y culpa.

¡Qué maravilla hay en Su nacimiento! ¡Qué significado tan profundo y lleno de riqueza adquiere cuando nos vemos a nosotros mismos a la luz de la ley de Dios y cuando llegamos a un callejón sin salida! Oh, debemos llegar a ese lugar por la operación poderosa del Espíritu Santo. No digan que no es necesario ir tan profundo. Debemos aprender que somos concebidos y nacidos en pecado. ¿Aprende esto en un día el pueblo de Dios? ¡Generalmente no! Cuando el Señor comienza a obrar en nuestras vidas, lo primero que vemos es nuestro pecado actual, quizá incluso un pecado secreto y querido. Entonces se vuelve tan real y personal. Todos estamos de acuerdo en que somos pecadores, pero podemos decir esto sin una lágrima y, mientras tanto, seguimos adormecidos. Pero cuando se vuelve práctico, cuando se menciona el pecado por su nombre, nos rebelamos en orgullo e ira. Por eso, debemos ser humillados. Cuando el Señor convierte a Su pueblo, generalmente pone Su dedo en un lugar que duele. Piensen, por ejemplo, en la mujer samaritana. Lo llamamos *convicción*. El Señor nos muestra nuestra propia vida para que comencemos a ver los pecados que habíamos cubierto y olvidado. Incluso vuelve hasta los pecados de la juventud, de modo que clamemos: “*De los pecados de mi juventud y de mis rebeliones, no te acuerdes*” (Salmo 25:7). Él inclina nuestro corazón de modo que aprendemos a inclinarnos en verdadera contrición y decirle: “Señor, Tú eres justo en todos Tus caminos. Yo merezco ser desterrado de Tu presencia”. Ese es el fruto de la gracia de convicción.

Sin embargo, la gracia del *autoconocimiento* es algo distinta. Cuando un alma está bajo convicción, aún mantiene la esperanza de que, algún día, hará las cosas de mejor manera. Incluso puede poner su esperanza en el cambio que ha sucedido en su vida y en las lágrimas que ha derramado. Eso le hace trabajar de día y de noche. Pero el Señor le despoja de todo. Entonces comienza a ver que incluso su justicia es como trapo de inmundicia (Isaías 64:6). La sucia fuente de su corazón se abre. Esa es la gracia del autoconocimiento. Dondequiera que miremos, no encontramos más que pecado y culpa. El Señor nos hace retroceder hasta el día en que nacimos y, por más atrás que miremos, no hay nada más que pecado. La gracia del autoconocimiento nos lleva hasta nuestro nacimiento, hasta nuestra concepción; sí, hasta el mismo Paraíso.

¡Cuánto luto se experimenta cuando vemos que salimos de la mano de nuestro Creador sin mancha ni arruga, pero que hemos transgredido contra Él y nos hemos sujetado al mal! Oh, ¡al ver que el pecado de Adán es *mi* pecado y que Dios no haría ninguna injusticia al quitarme la vida para siempre! Oh, ¡al aprender que ningún fruto jamás procederá de mí en toda la eternidad! Pero ¡oh, maravilla, cuando Él es revelado como perfecto ya desde Su misma concepción y sin mancha en Su santo nacimiento! En Él, Dios ha provisto un camino de salvación, y en Él el Padre tiene complacencia. Él no pide nada del hombre para la salvación. Todo es por Él, de Él y para Él. ¡*“A él sea la gloria por los siglos”* (Romanos 11:36)!

Cristo estuvo dispuesto a nacer de una mujer pecadora, a ser parte de la raza humana, y a asumir nuestra naturaleza humana, aunque Él nunca pecó. Esa es la maravilla. Él nunca pecó. Él es aquel misericordioso y fiel Sumo Sacerdote que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. El Catecismo dice que Él se hizo “semejante a Sus hermanos excepto en el pecado.”

Oh, pecador perdido y necesitado aquí presente, permítame dirigirlo hacia Él; dirigirlo hacia Aquel que es totalmente deseable. No hay carencia alguna en Él. Hay plenitud de salvación en Cristo Jesús. Él aceptó Su nacimiento. Caminó en obediencia y cumplió la obra de salvación para Su pueblo. No tenga descanso hasta que, por la fe, usted puede mirar hacia Él. No tenga descanso hasta que el Espíritu Santo lo haya guiado a Él. No tenga descanso hasta que, sobre la base de la justicia, pueda ser hallado en Él, no teniendo su propia justicia sino la que es por la fe.

Pueblo de Dios, Él puede compadecerse de todas sus necesidades, de sus preocupaciones diarias y de su batalla espiritual. Él se hizo hombre. Él se paró fuera de la tumba de Lázaro y lloró. Él conoce lo que es estar cansado y afligido, llevando Su cruz hasta el final.

Él es “la verdadera simiente de David” según lo que leemos en el Domingo 14. Él no es solamente el Salvador del mundo, sino también el Mesías de Israel. Él trae el cumplimiento de todas las promesas de Dios. Por eso, podemos aún esperar que el Dios inmutable continuará haciendo Su obra entre el pueblo judío. Cristo es el Hijo de David, el Rey de Israel. Oh, que hubiera más oración por los que “*son amados por causa de los padres*” (Romanos 11:28). Según Su gracia electiva, el Señor tiene un remanente entre ellos en cada siglo, pero esperamos el tiempo en que Él derramará Su Espíritu sobre ellos en mayor abundancia. Entonces, ellos encontrarán el camino hacia Aquel que nació en Belén para traer la vida y la salvación, que fue al Calvario para abrir un manantial de sangre para las más viles de las criaturas.

Él es la verdadera simiente de David. Él es también el Salvador del mundo. Niños, David nació en Belén, y el Señor Jesús también nació en Belén. Díganme, ¿quién más vino a Belén? ¿Qué mujer huyó a la ciudad de David con su suegra? Sí, fue Rut, la bisabuela de David. ¿Era ella una mujer judía? No, ella vino de Moab, un país pagano. Ella era una mujer gentil. En otras palabras, Cristo es el Salvador de todos los elegidos, sean judíos o gentiles. Por eso los americanos, los

canadienses, los bolivianos, los nigerianos y otros más pueden ser salvos. “*Cristo tendrá poder sobre tierra y mar*” (Salterio 200:1). En Él, la pared intermedia entre los judíos y los gentiles ha sido derribada. En Él, las naciones serán unidas. ¡Él mismo se encargará de ello! Como la Simiente de David, como el Rey de reyes y Señor de señores, Él hará verdadero lo que cantaremos juntos del Salterio 200, la primera estrofa.

* * * * *

Tercer pensamiento. El fruto del nacimiento de Cristo.

Nuestro último pensamiento, congregación, es el fruto del nacimiento de Cristo. Ya hemos visto algo de la maravilla y del significado de ese nacimiento. En la última pregunta, sin embargo, el instructor pregunta por el fruto de ese nacimiento de una forma muy personal: “¿Qué fruto sacas de la santa concepción y nacimiento de Cristo?” Consideren la pregunta. Es típico del instructor preguntar por el fruto o el beneficio de la verdad antes declarada. Nuestro Catecismo es un libro de consuelo. Un beneficio para Sion está escondido en cada uno de los hechos de la historia de la salvación. Entonces, ¿cuál es el fruto de la concepción y nacimiento de Cristo? “¿Qué fruto sacas de la santa concepción y nacimiento de Cristo?” La respuesta dice: “Que es nuestro Mediador, y con Su inocencia y perfecta santidad cubre mis pecados en los cuales he sido concebido y nacido, para que no aparezcan en la presencia de Dios.”

Nosotros somos concebidos y nacidos en pecado. Compartimos la culpa de nuestra cabeza del pacto, nuestro primer padre Adán, y transmitimos la corrupción del pecado a nuestros hijos, nuestros nietos, nuestros bisnietos y así perpetuamente. No hay fin. Esa es la triste y desalentadora verdad —una verdad que puede guiar al desaliento y causar que usted clame: “¿Continuará esto de generación a generación?” Bueno, aquí está la excepción: “*lo Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios*” (Lucas 1:35). Cristo rompe la cadena. Él es la gran excepción. Aunque es el Hijo de María, y aunque se le llama el Hijo de David, Él no es un hijo de Adán. Él se sitúa fuera de la brecha hecha en el Paraíso —esa brecha entre Dios y el hombre. No participa de la culpa y pecado original del hombre como enfermedad hereditaria. Él es la gran excepción.

Y ahora la maravilla, congregación: ¡Él se humilló! Él se puso debajo de esa brecha, no porque fuera obligado a hacerlo, sino porque deseaba hacer la voluntad de Su Padre. Él tomó el pecado de Su pueblo sobre sí mismo para realizar la expiación. Ese es el fruto del nacimiento de Cristo.

¿Cuándo se recibe ese fruto? ¡Cuando somos llevados de vuelta a nuestro propio nacimiento! ¡Cuán feliz estaría usted si eso sucediera en su vida, si volviera a casa y se viera constreñido a decir: “¡Ahora me he visto a mí mismo”! Puede que haya llegado a los ochenta y cinco, pero

entonces tendría que decir: “Hoy, el Señor me ha mostrado que no ha habido bien en mi vida desde el principio —¡nunca! Oh, nunca podré repetir mi vida; ya nunca podré enderezarla”.

Para tales personas hay esperanza en Cristo. Hay un manantial de sangre, proclamado en la Palabra de Dios y retratado en el bautismo. La carga del pecado puede causar que se hunda hacia el infierno, pero hay expiación en Cristo. ¡Aunque hubiera cometido todos los pecados de la descendencia de Adán, la sangre de Jesucristo le limpiará de todo pecado!

No, aún no es Viernes Santo en el Domingo 14. Nuestro Catecismo no habla acerca de la crucifixión del Señor Jesús aquí. Ese es un beneficio posterior, una lección más avanzada en la vida del pueblo de Dios; sin embargo, cuando los pastores se pararon alrededor del pesebre de Belén, a ellos les fue dado ver al Salvador y probar algo de esa paz que sobrepasa todo entendimiento. Cuando los hijos de Dios pueden permanecer en ese lugar, su corazón se llena. En ese momento, no hay ningún lugar vacío por dentro porque ven tanta plenitud en Él.

Oh, ese fruto del nacimiento de Cristo, ¿quién podrá expresarlo en palabras? Aquí hay un Mediador quien “con Su inocencia y perfecta santidad cubre mis pecados ... para que no aparezcan en la presencia de Dios.” Leemos acerca de Elías, quien realizó un milagro para el hijo de la viuda de Sarepta. El niño había muerto. ¿Qué hizo el profeta? No podía resucitar a ese niño. Tampoco presentó falsas esperanzas a su madre. Pero, ¿qué hizo? Se tendió sobre ese niño, hasta tres veces —una vez, dos veces, tres veces. Cubrió al niño, por decirlo así, con toda su longitud, y entonces ocurrió un milagro. El niño fue devuelto a la vida.

Ese es precisamente lo que el Señor Jesús hace en un sentido espiritual a un pecador que no tiene vida en sí mismo, sino solo culpa y depravación en su corazón, un pecador expuesto a la ira de Dios y sin nada con que cubrirse. El Salvador viene y se extiende, por decirlo así, tres veces: en Su concepción, en Su nacimiento y en Su vida. Él cubre a Su pueblo en su concepción impía, en su nacimiento pecaminoso y en su vida perdida. Él los cubre con Su inocencia y perfecta santidad. Si usted está cubierto por Él, está verdaderamente cubierto. Entonces está protegido del justo juicio de Dios. Entonces Satanás puede venir y lanzar sus dardos ardientes contra usted, pero: *“¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que los justifica. ¿Quién es el que los condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, quien además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros”* (Romanos 8:33-34). El pueblo de Dios jamás perecerá con este Mediador que lo toma para Sí y lo cubre.

Congregación, si usted *no* está cubierto por Él, tendrá que pagar el precio del pecado por usted mismo. Entonces, puede que aún se siente aquí en la iglesia, pero ¿qué sucederá cuando tenga que presentarse ante el tribunal de Dios y comparecer allí en terror? ¿Alguna vez ha notado esa palabra en la *Liturgia para la Administración del Santo Bautismo*? Cuando los niños son bautizados, el ministro ora que, en el último día, podrán “comparecer sin terror ante el tribunal

de Cristo”.¹ Lleven esa palabra a casa, la palabra “terror”. Si usted continúa encubriendo sus pecados, no será cubierto. Pero si usted deja de esconder sus pecados (como fruto de la obra de Dios, el fruto de esa obra de autoconocimiento de Su Espíritu), entonces ocurrirá un milagro. Es el milagro confesado en el Salterio 83:

*Mientras callé, culpable, con pena andaba yo;
Tu mano se agravó y mi alma no se alivió;
Mas cuando mis pecados declaré y no oculté,
Mi maldad confesé y Tú me perdonaste.*

Congregación, ¿conocen ese milagro por experiencia? Cuando el Señor comienza a obrar para salvación, usted estará inclinado a ya no esconder sus pecados. Entonces no pedirá por menos convicción, sino por más convicción, por verdadera convicción. Entonces usted dice: “Oh, Dios, soy una criatura tan engañosa, tan propensa al autoengaño. Temo tanto que esto sea mera emoción en mi vida. Oh, Señor, abre mi corazón delante de Ti. Por favor, ve a la raíz de mi existencia.” Sin embargo, un pecador descubierto experimentará, por primera vez o de nuevo, lo que el apóstol Juan escribe en su primera epístola: *“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos los pecados y limpiarnos de toda maldad”* (1 Juan 1:9).

Querido oyente, ¿qué beneficio hay en esa concepción santa y nacimiento de Cristo? ¿Qué fruto saca de ello? Oh, preste atención a la pregunta. No la esquive ni la ignore. Una respuesta debe ser dada. Lo decimos en amor. No necesita darnos la respuesta, pero esa respuesta debe ser dada entre Dios y su alma. Es un asunto personal. En el Domingo 14 leemos acerca de “nuestro Mediador” y acerca de “mis pecados”. ¿Lo escuchan? Es un asunto estrictamente personal. Oh, que el Señor le conceda repetir esas palabras sobre una base sólida.

Queridos jóvenes, puede que con frecuencia se encuentren luchando con la dirección de sus vidas. Un día usted está contento y hace planes para el futuro, pero al día siguiente está desanimado y se siente molesto. Puede haber ocasiones en que piensa: “¿Qué estoy haciendo en este mundo? No tengo expectativas, ni esperanza ni futuro.” Por supuesto que puede cerrar los ojos a la realidad de la vida y lanzarse al pecado, pero sabe bien que pronto llegará a su final. Hay un mejor camino. Si usted llega a conocer al Salvador, si usted puede recibir el fruto de Su nacimiento, será tan rico. Entonces Su nacimiento le cubrirá, y nunca tendrá que decir: “Ojalá nunca hubiera nacido”. Entonces podrá decir en profunda humildad: “Oh Señor, ¿has venido a nacer por mí, por un vil pecador como yo?” Y entonces solo queda una cosa: ¡la adoración!

¹ Asociación Misión Reformada de Bolivia. *El Salterio, Liturgia para la Administración del Bautismo*.

*Yo aprendí a confiarte
Desde que era un bebé
Desde el nacer Tú eres mi Dios,
Me cuidaste durante años.*
(Salterio 47, estrofa 5).

Amén.

Salterio 47:5,7